



CALIFORNIA, EL OTRO RIVERA LETELIER

Ha sido personaje en un par de libros de Hernán Rivera Letelier. En la ficción, California es un cantante de música romántica en bares de la pampa, que siempre se queda con la mejor mujer. En la vida real, California es el nombre artístico de David Rivera Letelier, hermano menor del escritor: un minero que canta en bares, cumpleaños, bautizos y que ya ha lanzado tres discos con covers de amor.

Texto: Carla Mandiola, desde Antofagasta Fotografías: Marcelo Segura

David Rivera Letelier (58) sale un momento del bar "El balcón de Mario", ubicado en un cerro de la parte sur de Antofagasta. Es la una de la madrugada.

Un tipo joven que camina por la calle lo mira y se detiene. Abre su bolso, saca un lápiz y un cuaderno.

—Don Hernán, ¿menos mal que lo encuentro. Mi mamá me tiene enfermo con sus libros y lo único que quiere es un autógrafo tuyo.

—Hay un pequeño problema... le responde David, riéndose.

—No sea así, don Hernán. No me va a decir que se le subieron los humos a la cabeza. Póngale la firma a mi mamá.

—Yo no soy el escritor, yo soy el cantante. Yo soy California.

—Qué importa, póngale la firma. La vieja no va a cachar.

Entonces David escribe: "Con cariño para Rosita, de Hernán Rivera Letelier". Devuelve el cuaderno y entra otra vez al bar. No es la primera vez que lo confunden ni la primera vez que firma por su hermano.

"El cantor, conocido en ranchos y fondas con el seudónimo de El Californio, y que recorría las oficinas de la zona en una simpática gita eléctrica, vestía impecablemente de terno y zapatos blancos y una camisa de seda a cuadros, negra y brillante como su ensortijada cabellera de gitano. No cantaba por dinero, sino por el útero gusto de cantar". Así describe Hernán Rivera Letelier a su personaje California en su primera novela, *La retina* (suelto cantaba rancheros) (1994). Ocho libros después, California

apareció cantando en *El fantasma* (2006). En estos relatos sobre la pampa, California canta, toma y come gratis donde vaya. Y aunque la ficción es siempre un poco más exagerada que la realidad, la inspiración para el personaje viene directo del hermano menor del escritor: David Rivera Letelier, a quien en Antofagasta todos conocen por su nombre artístico de cantante. Aquí, mucho antes de cualquier libro, a él todos lo llaman California.

"Canto desde los siete años. En ese tiempo estaba de moda la canción de Los Tricudos que se llama Puerto Montt y mi sueño era llegar para allá, ponerme frente a la playa y cantarla", explica David, quien de adolescente era músico seguro en todos los actos artísticos de su liceo en Antofagasta. En 1972, con 17 años, decidió que ya era hora de cumplir su sueño. Convenció a su hermano Hernán —que tenía 22 años y escribía poemas que no permitía que nadie leyera— que se fueran mochileando desde la pampa hasta Puerto Montt. Tardaron cuatro meses en llegar.

A las 3 de la mañana de un día de diciembre, un camión los dejó en Puerto Montt. Caminaron hacia la playa, David botó su mochila al suelo y se subió a una roca.

—Acompañarme, Hernán.

—No, si yo no canto.

—Hazme la orquesta por lo menos.

Hernán lo miró en silencio y no le hizo caso. David agarró un tarro oxidado que estaba entre dos rocas y comenzó a golpearlo.

Cantó: "Sufido frente al mar...".

Como Hernán seguía sin hablar, David tuvo que hacer la segunda voz: "papapapa papapapa". David

cantó hasta emocionarse y Hernán supo que ya podían volver a su casa en Antofagasta.

Un año después, en 1973, el padre de los Rivera Letelier murió por silicosis, una enfermedad del pulmón irreversible e incurable que es común entre los mineros. Doce años antes, había muerto la madre, debido a la picadura de una araña. Las tres hermanas de Hernán y David tomaron distintos rumbos: hoy dos siguen vivas y viven también en Antofagasta, y ellas se fueron a vivir juntas a una casa. "Cuando teníamos nueve, cuando temblaba, cantábamos himnos evangélicos", recuerda Hernán.

Los dos hermanos comenzaron a trabajar como mineros, al igual que lo había hecho el padre. Hernán dejó la mina después de publicar su primera novela. David comenzó a los 18 años y hoy sigue trabajando como mecánico de minas: es el encargado de las bombas que sacan agua en pozos de una mina, de la cual prefiere no mencionar el nombre. "No sé cómo todavía puedo cantar y no he muerto de silicosis", reflexiona David. No tiene un horario fijo en el trabajo, lo llaman cuando lo necesitan, y todos los fines de semana canta. Si en los contratos en un pub, California usa el karaoke de su casa.

Con el permiso de ustedes voy a tratar de imitar a tres clásicos: Sandro, Raphael y Leonardo Favio. California está en un pub en el centro de Antofagasta. Las 10 mesas del lugar están ocupadas. En el público, dos mujeres gritan y él se mueve por el escenario con soltura.

Perdóneme, pero tengo que transformarme —dice California, quien se da vuelta y sus piernas comienzan a tiritar.

—¿Estoy bien o me falta un poquito? —pregunta, imitando la voz al estilo Sandro.

—Un poquito —responde el público, al unísono.

Cuando ya no son dos las mujeres que gritan, sino seis, California se queda quieto.

—Más cara tengo de buenón que de Sandro. Vamos con la música.

Algunos se ríen y California comienza a cantar con la misma entonación del argentino. "Con ese palpitar que tiene tu mirar...". Las mujeres siguen gritando. Los hombres aplauden. Tiene al público en el bolsillo.

Y ahora lo que ustedes estaban esperando... ¡Raphael!

Otra vez la entonación perfecta: "Hoy para mí es un día especial, pues saldré por la noche...". California se acerca a una pareja y le canta a la mujer: "Que pasará, qué misterio habrá". Se da vuelta y se tira sobre el hombre, cantando "... puede ser mi gran noche". El público se ríe. El tambor.

Para que no quede duda de que se me queda la patita atrás, ahora "El tico que canta". Maestro, cómo suena.

"Hoy la vi, fue casualidad. Yo estaba en el bar, me miró al pasar". Sobre una pista musical por la que tuvo que pagar \$15.000, David canta e imita a Leonardo Favio.

Termina su presentación y tres personas aplauden de pie. David sonríe yecha para atrás su melocroquis y brillante. Al bajar del

escenario, al unísono.

Cuando ya no son dos las mujeres que gritan, sino seis, California se queda quieto.

—Más cara tengo de buenón que de Sandro. Vamos con la música.

Algunos se ríen y California comienza a cantar con la misma entonación del argentino. "Con ese palpitar que tiene tu mirar...". Las mujeres siguen gritando. Los hombres aplauden. Tiene al público en el bolsillo.

Y ahora lo que ustedes estaban esperando... ¡Raphael!

Otra vez la entonación perfecta: "Hoy para mí es un día especial, pues saldré por la noche...". California se acerca a una pareja y le canta a la mujer: "Que pasará, qué misterio habrá". Se da vuelta y se tira sobre el hombre, cantando "... puede ser mi gran noche". El público se ríe. El tambor.

Para que no quede duda de que se me queda la patita atrás, ahora "El tico que canta". Maestro, cómo suena.

"Hoy la vi, fue casualidad. Yo estaba en el bar, me miró al pasar". Sobre una pista musical por la que tuvo que pagar \$15.000, David canta e imita a Leonardo Favio.

Termina su presentación y tres personas aplauden de pie. David sonríe yecha para atrás su melocroquis y brillante. Al bajar del

escenario, al unísono.

Cuando ya no son dos las mujeres que gritan, sino seis, California se queda quieto.

—Más cara tengo de buenón que de Sandro. Vamos con la música.

Algunos se ríen y California comienza a cantar con la misma entonación del argentino. "Con ese palpitar que tiene tu mirar...". Las mujeres siguen gritando. Los hombres aplauden. Tiene al público en el bolsillo.

Y ahora lo que ustedes estaban esperando... ¡Raphael!

Otra vez la entonación perfecta: "Hoy para mí es un día especial, pues saldré por la noche...". California se acerca a una pareja y le canta a la mujer: "Que pasará, qué misterio habrá". Se da vuelta y se tira sobre el hombre, cantando "... puede ser mi gran noche". El público se ríe. El tambor.

Para que no quede duda de que se me queda la patita atrás, ahora "El tico que canta". Maestro, cómo suena.

"Hoy la vi, fue casualidad. Yo estaba en el bar, me miró al pasar". Sobre una pista musical por la que tuvo que pagar \$15.000, David canta e imita a Leonardo Favio.

Termina su presentación y tres personas aplauden de pie. David sonríe yecha para atrás su melocroquis y brillante. Al bajar del

escenario, al unísono.

Cuando ya no son dos las mujeres que gritan, sino seis, California se queda quieto.

—Más cara tengo de buenón que de Sandro. Vamos con la música.

Algunos se ríen y California comienza a cantar con la misma entonación del argentino. "Con ese palpitar que tiene tu mirar...". Las mujeres siguen gritando. Los hombres aplauden. Tiene al público en el bolsillo.

Y ahora lo que ustedes estaban esperando... ¡Raphael!

Otra vez la entonación perfecta: "Hoy para mí es un día especial, pues saldré por la noche...". California se acerca a una pareja y le canta a la mujer: "Que pasará, qué misterio habrá". Se da vuelta y se tira sobre el hombre, cantando "... puede ser mi gran noche". El público se ríe. El tambor.

Para que no quede duda de que se me queda la patita atrás, ahora "El tico que canta". Maestro, cómo suena.

"Hoy la vi, fue casualidad. Yo estaba en el bar, me miró al pasar". Sobre una pista musical por la que tuvo que pagar \$15.000, David canta e imita a Leonardo Favio.

Termina su presentación y tres personas aplauden de pie. David sonríe yecha para atrás su melocroquis y brillante. Al bajar del

escenario, al unísono.

Cuando ya no son dos las mujeres que gritan, sino seis, California se queda quieto.

—Más cara tengo de buenón que de Sandro. Vamos con la música.

Algunos se ríen y California comienza a cantar con la misma entonación del argentino. "Con ese palpitar que tiene tu mirar...". Las mujeres siguen gritando. Los hombres aplauden. Tiene al público en el bolsillo.

Y ahora lo que ustedes estaban esperando... ¡Raphael!

Otra vez la entonación perfecta: "Hoy para mí es un día especial, pues saldré por la noche...". California se acerca a una pareja y le canta a la mujer: "Que pasará, qué misterio habrá". Se da vuelta y se tira sobre el hombre, cantando "... puede ser mi gran noche". El público se ríe. El tambor.

Para que no quede duda de que se me queda la patita atrás, ahora "El tico que canta". Maestro, cómo suena.

"Hoy la vi, fue casualidad. Yo estaba en el bar, me miró al pasar". Sobre una pista musical por la que tuvo que pagar \$15.000, David canta e imita a Leonardo Favio.

Termina su presentación y tres personas aplauden de pie. David sonríe yecha para atrás su melocroquis y brillante. Al bajar del

escenario, al unísono.

Cuando ya no son dos las mujeres que gritan, sino seis, California se queda quieto.

—Más cara tengo de buenón que de Sandro. Vamos con la música.

Algunos se ríen y California comienza a cantar con la misma entonación del argentino. "Con ese palpitar que tiene tu mirar...". Las mujeres siguen gritando. Los hombres aplauden. Tiene al público en el bolsillo.

california, el otro Rivera Letelier [artículo] Carla Mandiola

AUTORÍA

Mandiola, Carla

FECHA DE PUBLICACIÓN

2013

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

california, el otro Rivera Letelier [artículo] Carla Mandiola

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile